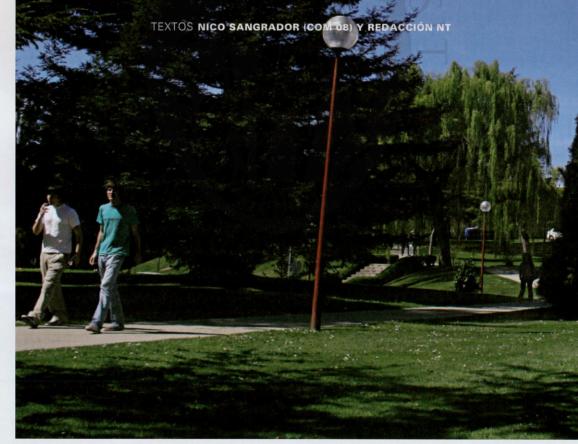
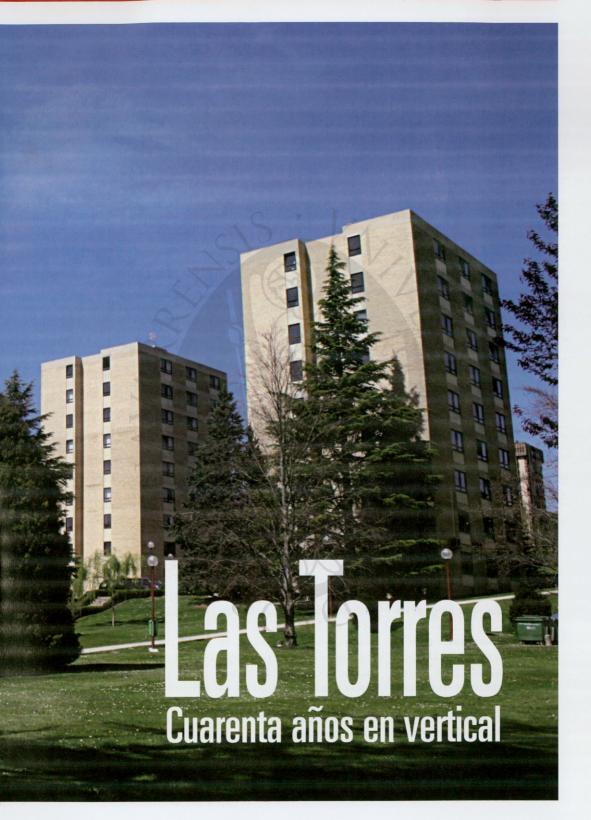
L U M N I

Forman parte desde hace cuarenta años del *skyline* del campus. Han acogido a varias generaciones de universitarios y han dejado en todos ellos una huella imborrable. "Yo viví en las torres" es un mérito que muchos antiguos alumnos de la Universidad de Navarra exhiben con cierto orgullo. Dentro de unos días, con ocasión del 40º aniversario, decenas de residentes de diferentes épocas volverán a su antiguo colegio mayor para encontrarse y para recordar.





EL 24 DE SEPTIEMBRE de 1967. la última página de Diario de Navarra mostraba una foto de las Torres aún en construcción a la vez que explicaba que el curso 1967-1968 empezaría en la Universidad de Navarra con 6.000 alumnos. "Aproximadamente en enero entrarán en funcionamiento dos torres que servirán de residencia a 200 estudiantes", se podía leer en aquella información. Se decía también que las plazas serían ofrecidas a "precios económicos", que la ubicación de las Torres junto al Edificio Central serviría para evitar "los desplazamientos diarios de muchos universitarios" y que "las actividades culturales o deportivas" serían una ampliación de las que normalmente se desarrollaban en el colegio mayor Belagua. El texto terminaba con un anuncio que finalmente no se cumplió: "En breve se construirán nuevas torres esparcidas por todo el campus universitario".

Dos semanas después de que se publicase aquella información tuvo lugar en Pamplona una multitudinaria asamblea de la Asociación de Amigos de la Universidad de Navarra. El acto central del encuentro fue la misa que San Josemaría celebró en la explanada de la Biblioteca. En la homilía -que luego se haría célebre con el título "Amar al mundo apasionadamente"-, el fundador del Opus Dei hizo una fugaz alusión a las Torres: "Nos encontramos en un templo singular; podría decirse que la nave es el 'campus' universitario: el retablo, la Biblioteca de la Universidad; allá, la maquinaria que levanta nuevos edificios; y arriba, el cielo de Navarra...". Los nuevos edificios eran las Torres y la maquinaria, las grúas que sobresalían en el paisaje más bien horizontal del campus.

También se estaba construvendo entonces la segunda fase de la Clínica Universitaria, que permitió pasar de 27 camas a 200. Eran años de expansión que los primeros residentes vivieron con entusiasmo, contagiados por una atmósfera en la que convivían unas realidades aún escasas y muchos proyectos de futuro. El primer director de Torre I fue Enrique Blanco de La Lama, que moriría en 1981 en un accidente de montaña. Los pioneros aún recuerdan los paseos hasta Venta Andrés, en Echavacoiz, donde comían la mayor parte de los días. Ellos inauguraron entonces una costumbre que aún se mantiene: la de los desplazamientos gastronómicos. Claro, que hoy la meta es el edificio de Comedores, inaugurado en 1970.

EL CONTINENTE Y EL CONTENIDO

En realidad, casi todos los hábitos de aquellos residentes de la primera hora han llegado hasta la actualidad con pocas variantes. Los horarios, las tertulias, la sala de estudio, las competiciones deportivas, las cenas de los sábados, los cumpleaños, las fiestas, los nuevos, los viejos, las salidas nocturnas, los invitados, los Reyes Magos, las despedidas de junio o los reencuentros de septiembre son la falsilla que ha permitido a varias generaciones de universitarios escribir una parte muy relevante de sus biografías. "La experiencia de las Torres fue decisiva para mí", asegura Francisco Javier Pérez Latre, residente entre 1984 y 1985, y hoy profe-

sor de Empresa Informativa en la Facultad de Comunicación de la Universidad de Navarra. Y añade sus razones: "Fueron años intensos, donde conocí a cientos de personas. En seguida me impresionó la diversidad de los residentes, que venían de toda España. Allí cursamos la carrera, pero no se me olvidan otras cosas: la ronda a la Virgen en la ermita el día de la Inmaculada, los paseos invernales hasta los Comedores Universitarios, los partidos de futbito en la irregular pista de las Torres, ya desaparecida. La vida en vertical propia de las Torres favorecía mucho la convivencia y -en parte- suplía unas condiciones materiales peores que las de ahora".

La pista "irregular" no era otra que la jaula, un rectángulo rodeado por una valla de dos metros y velado al exterior por un seto. Se inauguró en 1974. Las fotos de las época muestran a un sacerdote revestido con capa pluvial que bendice las instalaciones. El cuadrilátero pasó a mejor vida cuando el flamante Polideportivo de la Universidad y el rediseño de esa zona del campus aconsejaron su desaparición. Con todo, la jaula supuso una mejora respecto al llamado patatal, un trozo de terreno sin césped que se extendía detrás de Torre I y donde se podían cosechar simultáneamente goles y esquinces.

Acerca de las "condiciones materiales" que menciona el profesor **Pérez Latre**, es relativamente frecuente que los residentes de hace veinte o treinta años se sorprendan al ver las habitaciones actuales: la distribución y los elementos —la cama, el armario, la mesa, la me-







- 1. Primera misa en el oratorio de Torre II.
- 2. Un equipo de béisbol durante el curso 1993-94.
- 3. Varios residentes recién estrenados en la torre durante la fiesta del nuevo de 1971.
- 4. Varios residentes durante una fiesta de padres celebrada en 1972.



silla...— son básicamente los mismos, pero el aspecto y la calidad han mejorado sustancialmente. Aquellos colchones de espuma o aquellas ventanas que dejaban entrar generosamente el cierzo ya sólo pueden encontrarse en relatos lejanos y nostálgicos.

UN HUECO HABITABLE

De todos modos, la austeridad del mobiliario nunca ha sido un problema. Lo nuclear de las Torres, lo verdaderamente importante, ha sido la relación entre los residentes. "Las Torres son unión en lo bueno y en lo malo", lo ilustra Pedro González Souto, estudiante de Arquitectura, que fue decano en el curso 2005-2006. "Sabías que en tus éxitos y alegrías tenías a todos a tu lado, pero aún más cuando te tocaba vivir un momento difícil. En octubre de 2004 se nos fue al Cielo un gran amigo, Toni Real. Recuerdo ese día en el que todos nos juntamos en la ermita y en el oratorio para rezar por él. Fue un momento duro, pero ahí es donde estuvimos más unidos que nunca. Perdimos a un gran amigo en Torre, pero lo ganamos en el Cielo. Y eso se notó. Lo ocurrido nos sirvió para aprender a valorar mejor la amistad y para sentirnos verdaderamente unidos. La verdad es que Torre es la mejor escuela para la vida que un universitario puede encontrar".

Jorge Martín Navarro, residente entre 1998 y 2000, comparte las reflexiones descritas. Estudió Derecho, trabaja actualmente en una notaría y tiene muy grabados sus años en Torre I: "Considero que formé parte de la Torre, porque allí no

estabas sino que eras. Siempre había alguien que estaba contigo y siempre podías contar con alguien. Crecías a la vez en lo profesional y en lo personal. Tenías tareas asignadas que debías cumplir, lo que te aumentaba la responsabilidad. La variedad de personas, de caracteres, de ideas y de opiniones lograban hacer que creases tu propio criterio, ayudándote a madurar. Esto pasaba solamente en un colegio mayor. Y en mi caso, concretamente, pasaba en Torre I".

Esa convivencia tan estrecha y tan fructífera guarda posiblemente una relación importante con la arquitectura de las Torres, que no dejan de ser unos edificios organizados en torno a un enorme hueco: el de la escalera. Jorge Latorre, que hoy es profesor de Cultura y Comunicación Audiovisual, y que también fue residente, lo explica así: "Las Torres son unos edificios vivos porque todo el protagonismo es de la gente, aunque esto lo consiga la parca arquitectura que articula un conglomerado de habitaciones en torno al hueco de la escalera. Este hueco es importante: no sólo daba nombre a una revista de Torre II sino que también servía para celebrar el trofeo Giesa de Torre I, una carrera arriba y abajo de las escaleras de las ocho plantas, que emulaba a la competición que los universitarios atletas de Carros de Fuego hacen en su precioso claustro inglés. El hueco es también el elemento fundamental de comunicación entre los pisos, a voces, claro. En general, la intimidad de los torreros es algo compartido: si no quieres que se sepa algo, no lo pienses, solíamos decir. Esta intimidad obligada ha contribuido sin duda a forjar la tremenda identidad de los torreros, que años después seguimos en contacto estrecho, con vínculos de amistad que permanecen sólidos, como la estructura de estas Torres, a prueba de todo tipo de terremotos".

Hasta la construcción de la nueva Biblioteca en 1996, las Torres eran además la única referencia vertical del campus. El pasado 3 de abril, Javier Antón Sancho, becario investigador de Proyectos en la Escuela Superior de Arquitectura, presentó en una tertulia su trabajo fin de carrera: un proyecto que pretendía unir las dos Torres mediante una serie de construcciones que permitieran aprovechar mejor el terreno que se extiende alrededor de los edificios. A expensas de que su idea se lleve a cabo -algo que no parece probable— las relaciones entre unos y otros seguirán siendo principalmente de tipo humano. También unía a los dos Torres un sentimiento de entrañable animadversión hacia las fases, que venían a ser la clase noble del colegio mayor Belagua. En los años 80 hubo memorables batallas de bolas de nieve entre las Torres y las fases. Y siempre, en todas las épocas, los intentos de secuestro del Fidel –una estatua que adornaba un pasillo de Fase II y que recordaba al extinto dictador cubano- fueron un aliciente y un derroche de ingenio y estrategia.

RECUERDOS PERSONALIZADOS

Todos los residentes guardan su pequeña colección de recuerdos. **Nacho Uría**, hoy secretario de la Facultad de Comu-





- 1. Curso 1975-76. Un grupo de residentes con Ismael Sánchez Bella.
- 2. La pista de futbito de las torres, más conocida como "la jaula", ya funcionaba cuando el barrio de Iturrama aún estaba en construcción.
- 3. Un grupo de residentes en los Comedores Universitarios.



nicación, vivió en Torre I hace veinte años. Ésta es una parte de su antología: "Estaban la cena fría, la ducha fría o la habitación fría. Todo frío menos aquellas lámparas del cuarto que quemaban apenas las rozabas. Los baldosines que bailaban, la mesa de hierro y formica en la que los libros se empolvaban la cara, allí varados semanas y semanas como barcos sin patrón. Las bolsas de cena, el tibucrem, la carne flotante con patatas Repsol, el café petrolífero, las guerras de extintores, la fiesta de bienvenida al microondas y la apertura de la biblioteca donde antes había estado

la Sala China. Aún sonrío al recordar al pueblo gritando "iEl justo vive de la GER! iEl justo vive de la GER!". Y añade: "Estaban además las novatadas, también llamadas pruebas de integración. Las tertulias de avisos ("está prohibido almacenar armas, ya sean blancas o de fuego, y alcohol, cualquiera que sea su graduación"). La lista de encargos cada mes de octubre. La vela del primer jueves de mes, los retiros en Urriza, las convivencias de estudio en Itxaropena, los fines de semana de descanso en Belabarce, las bendiciones de los sábados por la tarde y los resopones de los sá-

bados por la noche. La misa de una y el aperitivo previo a la inevitable paella, grasienta y dominical, de Comedores".

Pedro González Souto añade que los "momentos, circunstancias y excusas" eran tan abundantes que casi todos los días acababan resultando inolvidables. Y cita los actos colegiales, "en donde los nuevos siempre agradaban la velada con divertidos y extravagantes espectáculos" o el Concurso de Villancicos, que en su época se saldó con un triunfo: "Siempre recordaré el momento en el que el presentador nos proclamó vencedores. Nos abrazamos y em-



pezamos a gritar como locos. Todos éramos uno, la Torre I".

Julio Muerza, que fue decano de Torre I en el curso 1980-81 y que a la vuelta de los años sería decano de la Facultad de Derecho de la UN, habla del "ambiente de alegría constante" y de "la participación de todos en todo".

Jorge Latorre cree que podría escribir "mil libros" de sus años en las Torres: "Después de cuarenta años –asegura–, las Torres se han manifestado como uno de los inventos provisionales más sólidos y permanentes. Y esto a pesar de, y quizás a causa de, las constan-

tes improvisaciones de espacios y muros nuevos, mobiliario, y, sobre todo, improvisación de gente (todos saben que las admisiones a las Torres tienen mucho de improvisación, pues no se entiende de otro modo que surja semejante ecosistema humano); cambios estos que no consiguen nunca arreglar del todo lo que no tiene arreglo: la forma externa de ficha dominó que las hace tan inconfundibles, y también funcionales y vivas".

LAS CELEBRACIONES

Hablar de las Torres es además hablar de una parte insustituible de la historia de la Universidad de Navarra. Y como historia, debe ser recordada. Los días 10 y 11 de mayo de 2008 tendrá lugar el acto oficial del 40° aniversario de las Torres en Pamplona. Están citados todos los antiguos residentes. El sábado, a las 18.00 horas, está previsto un acto académico en el Aula Magna de la Universidad. Se proyectará un vídeo conmemorativo. A las 19.30 habrá una ofrenda floral a la Virgen del campus. A las 21.00 horas, cena en los Comedores Universitarios y, a las 22.30, show. El programa concluirá el domingo con una misa a las 11.30 en el oratorio de Ciencias.





■ "María Luisa".

La hora de llegada por la noche es una batalla inevitable en casi todo colegio mayor. Torre I no es una excepción. El límite ha ido moviéndose, pero nunca ha sido tan amplio como en los primeros años noventa, cuando un grupo de residentes logró hacerse con una copia de la llave, que tenía incluso nombre propio: "María Luisa". Cuando los sábados por la noche los conjurados se encontraban en algún bar de Pamplona, la pregunta era: "¿Ha salido

María Luisa?". Si la respuesta era "Sí", el margen para volver a la Torre se alargaba considerablemente.

■ El Campeonato Giesa.

A falta del ambiente y del tiempo necesarios para emular a aquellos universitarios que parecían correr a cámara lenta en la película *Carros de Fuego*, los residentes de Torre I pusieron en marcha en la década de los ochenta el Campeonato Giesa, una sencilla contrarreloj en la que se

trataba de ver quién era capaz de subir y bajar —por la escalera— los ochos pisos en menos tiempo. **Santi Iraburu** estableció registros prácticamente inalcanzables.

Los bolondrios.

Los Comedores Universitarios cerraban los sábados por la noche y la cena de ese día se preparaba en las propias Torres. Fue en ese contexto donde se hicieron célebres los bolondrios, muy frecuentes en la década de los ochenta.



Eran unos bollos circulares de Bimbo que se rellenaban con ensalada, con hamburguesas o con lo que hubiese más a mano. También se hizo famosa en aquella época la pasta Heinz para sandwiches.

■ El Fidel.

Se trata de la estatua que adorna uno de los pasillos de Fase II, en el edificio noble del colegio mayor Belagua. Mide en torno a un metro, hay versiones encontradas sobre su origen y ni siquiera está muy claro a quién representa. Entre los residentes de las Torres siempre fue un reto secuestrar el Fidel. Se logró en varias ocasiones, todas ellas muy celebradas.

■ Las fiestas de Reyes.

Se celebraban a la vuelta de las vacaciones de Navidad y había regalos para todos, pero lo más aplaudido y lo más temido eran los regalos de broma: desde el billete de avión a Tokio (sólo ida) para un férreo subdirector hasta el megáfo-

no para aquel residente tímido y silencioso, pasando por la linterna para un aficionado a las expediciones nocturnas.

■ La jaula.

Era el nombre familar de la vieja pista de futbito, rodeada por una verja. Varias generaciones de universitarios aprendieron a regatear en su interior con la ayuda del bordillo lateral. También funcionó durante años el patatal, una extensión de terreno sin cultivar contigua a Torre I.